

Interview / Entrevista

“El hombre de las ideas en el cuadro”

Entrevista a Carlos Altamirano

Paula Bruno

CONICET

Carlos Altamirano es un intelectual argentino de conocida trayectoria. Entre sus obras se cuentan: *Ensayos argentinos: De Sarmiento a la vanguardia* (con Beatriz Sarlo), *Peronismo y cultura de izquierda: Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, *Fronzizi, o el hombre de ideas como político*, e *Intelectuales: Notas de investigación*. Escribió *Conceptos de Teoría Literaria* (con Beatriz Sarlo) y dirigió el volumen colectivo, *Términos críticos de Sociología de la Cultura*. Coordinó el proyecto que dio como frutos los dos volúmenes de *Historia de los intelectuales en América Latina* y, más recientemente, dirigió la obra *La Argentina como problema: Temas, visiones y pasiones* (con Adrián Gorelik). Está a cargo de las colecciones *Metamorfosis* (Siglo XXI Editores de Argentina), e *Intersecciones* (Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes). Recientemente se publicó su libro *La invención de Nuestra América: Obsesiones, narrativas y debates sobre la identidad latinoamericana* (Siglo XXI Editores de Argentina).

Paula Bruno: Este año se publicó el libro de tu autoría, *La invención de nuestra América*. Es una obra que, apenas se tiene entre manos, genera la sensación de ser un aporte total sobre un tema. Personalmente, al leerlo, como docente e investigadora, pensé: “por fin tenemos este libro”. Como el subtítulo sugiere, las obsesiones y las utopías en torno a la identidad latinoamericana acompañan la historia de la región desde las revoluciones que generaron la ruptura del lazo

colonial, y siguen vigentes. El volumen recorre algunas estaciones en las que esta fijación devino más densa en el ideario de intelectuales latinoamericanos. Como comentás en las páginas iniciales, la génesis del libro fue “acumulativa”: se encadenaron circunstancias y el volumen fue tomando forma. ¿Podrías, por favor, contarnos un poco más cómo pensaste el tema central del volumen a lo largo de tu trayectoria? ¿Pensás que hay alguna marca generacional que te “empujó” a analizar estos temas y sistematizarlos en el siglo XXI?

Carlos Altamirano: Confieso que me resulta difícil reconocer con el término “obra” el conjunto de tanteos, de puestas a prueba de la hipótesis de una historia intelectual posible, que son los artículos reunidos en *La invención de Nuestra América*. Tu pregunta me lleva a muchos años atrás, a un artículo y a un contexto de ese texto, el del grupo de quienes fundamos a mediados de los años '90 el Programa de Historia Intelectual en la Universidad Nacional de Quilmes. El artículo lo escribí en 1998, y le di un título que tenía presente ese emprendimiento colectivo, “Ideas para un programa de historia intelectual”. En ese texto ya estaba, entre otras cosas, la referencia a la rumia identitaria en la historia intelectual de América Latina. Tiempo después tuve la oportunidad para plantear mejor esa cuestión en las Jornadas de escuelas de historia de 2013, en la Universidad de Mendoza. Pienso, por otra parte, que basta conocer algo de la “literatura de ideas” en nuestros países para encontrarse con esa recurrente temática. Uno puede pasar de largo ante esa rumia, impugnarla o tratar de seguir sus recorridos e interrogarla, que fue lo que traté de hacer en *La invención de Nuestra América*. ¿Hay una marca generacional en esto? No lo sé, esas cosas las pueden percibir mejor otros que uno mismo.

Paula Bruno: Al revisar algunas contribuciones de la década de 1990 que escribiste sobre historia intelectual,¹ las pienso como cartas de intención, invitaciones e incitaciones. Las palabras “programa” y “apología” indican estas direcciones. Tienen en común estas características: son un llamado a la multidisciplinariedad como herramienta para combatir ciertas cegueras o sesgos ideológicos, celebran la multiplicidad de miradas—me atrevo a decir que celebran el “desorden” como muestra de efervescencia de un campo de estudios—, conviven referencias a autores europeos y americanos que no muestran jerarquías rígidas a la hora de mencionarlos como autoridades, enfatizan las intersecciones entre vida intelectual

¹ Entre ellas, Carlos Altamirano, “Breve apología de la historia intelectual”, *Espacios de Crítica y Producción*, 8-9 (1990-1991); “Ideas para un programa de Historia intelectual”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 3, (1999).

y política como atributo fructífero para pensar la “literatura de ideas”, se refieren a los proyectos de las elites intelectuales latinoamericanas como “textos de imaginación social y política”, entre otras. Han pasado entre 25 y 30 años desde que estos textos se publicaron: ¿podés comentar cómo ves la historia intelectual hoy a la luz de estos diagnósticos iniciales? ¿Pensás que tiene esa vitalidad que predecías para estos estudios? ¿Qué objetos de estudio o líneas de análisis están ya transitados de manera satisfactoria? ¿Qué queda, desde tu perspectiva, por hacer?

Carlos Altamirano: Tu pregunta me hizo recordar un artículo que había olvidado, “Apología de la historia intelectual”. Cuando lo escribí la expresión “historia intelectual” no tenía ciudadanía en el medio académico argentino. Hay que decirlo: fue una expresión importada y estuve entre esos importadores. ¿Por qué apología? La palabra tiene dos sentidos: por un lado, significa el elogio que se hace de algo y por el otro la defensa de ese algo. Tanto para hacer el elogio como para defender lo que nombraba como “historia intelectual”, en ese artículo de 1991 mencioné, como expresiones de la disciplina que quería aclimatar entre nosotros, libros de Natalio Botana, Beatriz Sarlo, Oscar Terán. Puede decirse que hoy la historia intelectual cuenta con ciudadanía en la mayor parte de los países de la región latinoamericana, aunque lo que se practique bajo esa denominación sea muy variado. En los primeros días de diciembre de este año se va a celebrar en Montevideo el V Congreso de Historia Intelectual.² En verdad, no conozco todo lo que se hace bajo esa enseña. No tengo nada que recomendar sobre lo que falta por hacer, sólo deseo que lo que se haga sea resultado del trabajo, la imaginación crítica y el espíritu historiador.

Paula Bruno: Además de contar con numerosos libros publicados, has desarrollado en las últimas décadas una labor como director de dos colecciones de alto impacto en América Latina y en otras geografías. Me llamaron siempre positivamente la atención los bautismos de esas colecciones: “Intersecciones” y “Metamorfosis”. Como sugería en la pregunta anterior, creo que esos nombres muestran también tu perspectiva sobre cómo abordar la historia intelectual: no marcan certezas o quietud, incitan a pensar en contactos, cruces, cambios, transformaciones, zigzagueos ¿Podrías, por favor, contar cómo surgió tu interés por

² El congreso al que hace referencia Altamirano en esta respuesta fue el 5to Congreso de Historia Intelectual de América Latina, que se realizó en Montevideo entre los días 1 y 3 de diciembre de 2021. Pueden consultarse los detalles del evento y el programa en el siguiente enlace: <https://agu.udelar.edu.uy/5-congreso-de-historia-intelectual-de-america-latina-en-montevideo/>.

dirigir estas colecciones? ¿Cómo considerarás las líneas que te interesan como editor?
¿Qué criterios fuiste definiendo para el desarrollo de las colecciones?

Carlos Altamirano: Durante unos cuantos años trabajé en la ya mítica editorial Centro Editor de América Latina. Allí me entrené en esto de armar colecciones. Reconozco en lo que decís la intención que animó las series que dirigí durante varios años, “Intersecciones”, en la editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, y “Metamorfosis”, en Siglo XXI. El elemento común de ambas es el peso que tiene la dimensión cultural en los libros elegidos para su publicación. Ahora, ante tu pregunta sobre esa intención de poner en contacto, de hacer empalmes, zigzagueos, pienso que seguramente se refleje en allí mi propia trayectoria en el terreno de la investigación. Soy un licenciado en literatura y mis primeros trabajos pertenecen al campo de los estudios literarios, estudios que abordaba desde una perspectiva sociológica. Por ejemplo, los artículos de *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*, cuya primera edición es de 1983. En ese volumen, Beatriz Sarlo y yo reunimos ensayos de historia de literatura argentina. Al hacer estos trabajos aprendí a prestar atención a los textos, a lo que ellos dicen y también a cómo lo dicen, a preguntarme por los destinatarios expresos o presuntos de esos textos, etc. Para resumir en dos palabras el blanco de esa atención: ¿de qué habla este autor cuando dice esto? Claro, hice este aprendizaje con la ayuda de maestros en el arte de la lectura. Pienso en Raymond Williams, Pierre Bourdieu, Jean Starobinski, y varios otros. Entre ellos también las lecciones de estudiosos argentinos, Adolfo Prieto y Tulio Halperin Donghi, quien no fue sólo un gran historiador, sino también un gran lector. Cuando empecé a ocuparme de los hechos de discurso que son el territorio de la historia intelectual, lo que puede denominarse también la “literatura de ideas”, trasladé esta atención a la forma de los escritos, no sólo a su vocabulario o a su contenido manifiesto. Ahora bien, al buscar la inserción de esos discursos, no me encontraba con la sociedad en general, sino con lo que Ángel Rama ha llamado la “ciudad letrada”, y Xavier Guerra, “la clase cultural”. Fue esto lo me llevó a dar impulso y coordinar una obra colectiva que me parecía necesaria, *Historia de los intelectuales en América Latina*. Esta historia tiene dos volúmenes, el primero apareció en 2008 y el segundo en 2010. Los tópicos de esa historia fueron discutidos por un comité compuesto por estudiosos prestigiosos de Latinoamérica. Para decir la verdad, todavía estoy muy conforme con haber contribuido a la gestación de esa obra.

Paula Bruno: Conservo unas desgrabaciones de teóricos que dictaste en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires a finales de la década de 1990. Las clases están destinadas a *Facundo* de Sarmiento.³ Los releo cada tanto, con atención. Y muchas veces pienso: “¿por qué Altamirano no escribió más sobre el siglo XIX?”. Cuento entre tus trabajos sobre el siglo XIX el texto pionero para pensar el orientalismo de Sarmiento,⁴ el capítulo que está en la compilación *Intelectuales y expertos*,⁵ y algunas otras sugerencias que están en varias de tus contribuciones,⁶ desde ya, pero me atrevo a decir que no es el siglo XIX el que contabiliza más páginas en tu obra de largo plazo a la hora de pensar en la vida intelectual argentina. ¿Hay problemas o temas del siglo XIX que tenés “en el tintero” y sobre los que te gustaría escribir? En el libro de reciente aparición hay presencia de figuras del siglo XIX hispanoamericano: ¿te gustaría explorar algunas otras? ¿Considerás que la producción sobre siglo XIX llegó a su punto de “saturación” con las renovaciones de los últimos años y los climas abiertos por los Centenarios de las rupturas de los lazos coloniales?

Carlos Altamirano: En efecto, poco siglo XIX: una introducción al *Facundo*; un artículo sobre el tema orientalista en esa misma obra de Sarmiento; un ensayo sobre la estrategia polémica de Alberdi en sus *Cartas quillotanas*,⁷ y un prólogo a una selección de escritos de Esteban Echeverría para la colección Ayacucho, prólogo que escribí en colaboración con Beatriz Sarlo.⁸ ¿Por qué tan poco? Aparte de intereses y preocupaciones que hayan centrado más mi atención sobre el siglo XX, contó también que mis conocimientos del siglo anterior tenían muchos huecos. Si se atiende a los trabajos que mencioné antes, todos están referidos a escritos de los miembros eminentes de la generación intelectual argentina por antonomasia, la de 1837. El país posterior a la declaración de la independencia en 1816 y la época de Rosas. Para nada pienso que, así se trate de la literatura de ideas, el XIX sea un

³ Carlos Altamirano, “Introducción al *Facundo*”, en Id., *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2005).

⁴ Carlos Altamirano, “El orientalismo y la idea del despotismo en el *Facundo*”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana ‘Dr. Emilio Ravignani’*, 9 (1994).

⁵ Carlos Altamirano, “Entre el naturalismo y la Psicología: el comienzo de la ‘ciencia social’ en la Argentina” en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina* (Buenos Aires: Paidós, 2004).

⁶ Entre ellas se cuenta: Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, “Una vida ejemplar: la estrategia de *Recuerdos de provincia*”, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, *Ensayos Argentinos. De Sarmiento a la vanguardia* (Buenos Aires: Ariel, 1997).

⁷ Carlos Altamirano, “Alberdi Polémiste”, en Quattrichi-Woisson, Diana (ed.), *Juan Bautista Alberdi et l’indépendance argentine. La force de la pensée et de l’écriture* (Paris: Presses Sorbonne Nouvelle, 2011).

⁸ Esteban Echeverría, *Obras escogidas*, Selección, prólogo, notas, cronología y bibliografía: Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano (Buenos Aires: Biblioteca Ayacucho, 1991).

campo agotado. Como lo muestra el libro reciente de Hilda Sábato, *Republics of the New World*, siempre se puede renovar la visión de nuestro XIX también en la dimensión de su historia intelectual. El artículo que estoy escribiendo ahora mismo, “Caudillos y caudillismo en el ensayo americanista”, tiene su tramo central en ese siglo.

Paula Bruno: En algunos textos de tu autoría, noto la puesta en acción de empatía a la hora de explicar los derroteros, las derivas, las decisiones de algunas figuras de la historia argentina—como en tu libro sobre Frondizi—e incluso en el momento de evaluar a tus contemporáneos—como en tus observaciones sobre Tulio Halperin Donghi.⁹ En otras contribuciones, noto la presencia de palabras como “auto-conocimiento” y “auto-interpretación”—en alusiones a Simón Bolívar—y en los subtítulos de los dos últimos libros publicados por Siglo XXI se encuentran las palabras “pasiones” y “obsesiones”. Estas expresiones y estas consideraciones conviven con las nociones de proyectos, decisiones, planes, pero parece que este otro vocabulario no basta para abordar el mundo de las ideas y los intelectuales. Veo una marca de autoría en tu obra en esta combinación de planos. ¿Te ves reflejado en esta descripción? ¿Se trata de una apuesta a la hora de encarar tus ensayos? ¿Considerás que para pensar la vida intelectual hay que tener en cuenta elementos que exceden las ideas abstractas, despersonalizadas y desarraigadas? ¿Qué les sugerirías a investigadores más jóvenes en esta dirección?

Carlos Altamirano: Sí, me veo reflejado en la descripción que hacés de una inflexión en mis trabajos, la concerniente al contenido emocional que puede detectarse en discursos de quienes no parecen sino articular datos, conceptos y raciocinios. Se puede mostrar que en las disputas intelectuales no sólo se pueden leer tesis contrapuestas. Por ejemplo, en el debate entre Sarmiento (*Las ciento y una*) y Alberdi (*Cartas quillotanas*) no se exponen únicamente argumentos rivales sobre qué posición tomar frente a la situación del país después de 1852. La inversión que ambos hacen en la polémica no es únicamente intelectual. Me parece que algo de esto traté de mostrar en el artículo “Duelos intelectuales” a propósito de la polémica entre Borges y Sábato sobre el peronismo. Cada uno desarrolló en ese breve combate no sólo interpretaciones diferentes del hecho peronista, sino modos de

⁹ Carlos Altamirano, *Arturo Frondizi, o el hombre de ideas como político* (Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998); Carlos Altamirano, “La Argentina: El peronismo y la ‘crisis argentina’ en Tulio Halperin Donghi”, en Carlos Altamirano y Adrián Gorelik (directores), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2018).

desacreditar, con argumentos *ad hominem*, o mediante la ignorancia desdeñosa del otro, al que no se nombra. Borges era un maestro en estos recursos del desdén.

Paula Bruno: Por último, quería proponerte un ejercicio, a la luz de la publicación de tu último libro. ¿Podrías proponer entre tres y cinco palabras/conceptos/ideas-fuerza que sinteticen las obsesiones y búsquedas en tu vida como intelectual? ¿Es posible que comentes en algunos renglones los motivos por los que esas palabras pueden ser pensadas como los “hilos rojos” de tu trayectoria?

Carlos Altamirano: Tu última pregunta me obliga, una vez más, a tratar de dar un sentido a lo que hice a lo largo del tiempo en mi trabajo en el campo de la historia intelectual, mi último libro incluido. Recuerdo una observación de Alvin Gouldner sobre la pintura que hacía Marx de la sociedad francesa de mediados del siglo XIX. En ese cuadro, señalaba Gouldner, están todas las clases y todas sus ideas, pero no está Marx. El pensador se halla fuera del cuadro. Diría entonces, volviendo a mi trabajo, que hice un esfuerzo repetido por situar al hombre de ideas en el cuadro. Situarlos, dado que son personas socialmente situadas, como lo son también sus discursos, que son hechos situados. Eso no significa reducir aquello que escriben, el mensaje de los hombres de ideas, a su situación. Hay que tomarse el trabajo de examinarlos y si no se juzga que esos discursos son apenas delirios, tratar de hacer justicia a la dimensión cognitiva que eventualmente contengan. No sé cuán consecuente he sido con esta perspectiva, pero formulada en términos ideales puede resumirse en estos términos.